



Antonio DUPLÁ ANSUATEGUI, Eleonora DELL’ELICINE, Jonatan PÉREZ MOSTAZO (eds.), *Antigüedad clásica y naciones modernas en el Viejo y el Nuevo Mundo*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2018, pp. 362.

Dolores Castro
Universidad Nacional de General Sarmiento
dolorescastro@gmail.com

Recepción del original: 10/04/2018

Aceptación del original: 15/04/2018

En *Antigüedad clásica y naciones modernas en el Viejo y el Nuevo Mundo*, Antonio Duplá Ansuategui, Eleonora Dell’Elicine y Jonatan Pérez Mostazo reúnen un abanico heterogéneo de artículos que abordan desde muy distintas perspectivas una problemática en común: el uso –y la apropiación– del pasado, en particular del mundo antiguo, en la construcción de los discursos identitarios nacionales de la modernidad.

Una serie de interrogantes compartidos enebren propuestas singulares, y dotan de unidad a una publicación multifacética que, como advierten sus editores, viene a coronar el esfuerzo colectivo de un grupo de trabajo en el que confluyen distintos proyectos de investigación y especialistas de universidades europeas y latinoamericanas. Catorce estudios de caso, organizados en dos grandes secciones –“En el Viejo Mundo” y “En el Nuevo Mundo”– recorren el largo siglo XIX a través de combinaciones originales de enfoques, metodologías y temáticas que, desde la historia e historia del arte hasta la publicidad, la literatura y la arqueología, buscan contribuir a la reflexión actual sobre la nación y los nacionalismos. Realizar un significativo aporte en este debate de larga tradición constituye el principal desafío de los autores.

Enmarcado dentro de la renovación historiográfica de la década de 1980 –

aquella que con Benedict Anderson y Eric Hobsbawm, entre otros, concibió a las naciones como construcciones culturales modernas, comunidades imaginadas o “inventadas”– el volumen descansa en un horizonte teórico común, cuyas principales directrices anticipa José Álvarez-Junco en el prólogo. El autor presenta allí una serie de ideas rectoras que transitan de principio a fin las restantes aportaciones. Primero, el papel del nacionalismo decimonónico –cuya potencia atribuye a su “aparente simplicidad”, fuerte carga emocional y plurifuncionalidad– en la elaboración de identidades colectivas y en la legitimación de entidades políticas de muy diversa naturaleza. Segundo, el carácter histórico de la nación. Esta es concebida como un constructo moderno producto de las elites nacionalistas, y en tanto tal conlleva la definición de límites de exclusión e inclusión, determinados por la presencia de símbolos y rasgos culturales concretos (bandera, himno, monumentos). Tercero, supone el relato de un pasado que se remonta a tiempos inmemoriales a partir del cual se reivindican y subrayan elementos que refuerzan identidad (características específicas, batallas, rivalidades entre pueblos). En definitiva, estos puntos adelantan una tríada conceptual que atraviesa, bajo formas heterogéneas, la totalidad de la obra: Antigüedad, Historia y Nación.

Un primer exponente de este entrecruzamiento es el artículo de Antonio Duplá Ansuategui: “Algunas consideraciones sobre la concepción de la historia, la Antigüedad y la nación en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País”. En el marco de los estudios sobre la Ilustración española, especialmente interesado en el círculo vasco nucleado en la RSBAP, el autor reconstruye el papel predominante de la historia, y del expediente clásico, el cual se despliega en tres puntos fundamentales: el rigor metodológico, la visión tradicional de la *magistra uitae* de raigambre ciceroniana y su empleo como principio legitimador del régimen foral provincial.

Jordi Cortadella cambia de escenario en “Entre Ilerda y Emporion: etnicidad y clasicismo en las raíces del nacionalismo catalán”. En este caso, la investigación transita los derroteros del ideario catalanista decimonónico –desde su vertiente federalista y conservadora hasta la denominada síntesis pratiana– a partir de sus obras más representativas donde la Antigüedad adopta fundamentalmente la forma de argumento histórico o ejemplo –como se advierte en el republicanismo federal de Pi i Margall y su defensa de las pequeñas naciones en *Las nacionalidades* (1877) o en *Lo catalanisme* (1886) de Valentí Almirall y el papel atribuido a las ciudades griegas frente al impulso invasor de las potencias asiáticas–.

Por su parte, “La arqueología en la construcción de la historia de España: de los viajes anticuarios ilustrados al Catálogo Monumental de España”, explora el papel de la arqueología en la construcción de la historia española desde el siglo XVIII hasta principios del XX. Gloria Mora recorre el complejo proceso de consolidación

del monumento como testigo de la antigüedad de la nación, un proceso que despliega en tres tiempos: el emprendimiento de “viajes literarios” o primeros intentos sistemáticos de catalogar y estudiar las antigüedades; la aparición de series monográficas ilustradas (con un predominio de lo medieval sobre lo clásico) y, finalmente, la iniciativa de erigir un Catálogo Monumental de España.

Pilar Iguácel y Pepa Castillo estudian en su trabajo “Viriato en el Congreso de los Diputados: de la Gloriosa a la disolución de las Cortes en España (1868-1939)” el uso de la figura del héroe lusitano en los discursos parlamentarios y destacan su aparición como *exemplum* histórico, arquetipo de “lo español” y símbolo de libertad e independencia.

En “La Antigüedad en acción. El sermón sobre la destrucción de la cultura nacional española”, Ignacio Peiró Martín indaga la historiografía durante el régimen franquista y el papel de arqueólogos e historiadores de la Antigüedad que, empapados del ideario fascista en auge, se convirtieron en activos protagonistas al consolidar un discurso ideológico-cultural en clara sintonía con el sistema dictatorial.

En “Arcaísmo y clasicismo en el pensamiento de Pierre Paris: los escultores griegos a la conquista del movimiento”, Grégory Reimond recorre obras fundamentales del helenista con el objetivo de advertir cómo los esquemas de su presente –helenocentrismo, enfoque evolucionista e importancia del clasicismo– operaron en la identificación, valoración y estudio del arte griego.

Martin Lindner en “Winning History. Nationalistic Classical Reception in German Board and Card Games from the ‘Long 19th Century’” indaga la recepción nacionalista clásica desde un novedoso ángulo: las cartas y los juegos de mesa alemanes. Destaca el autor que la incorporación de temas antiguos sigue el relato tradicional de una historia mundial que hace de la Antigüedad el origen de Occidente, y tiene a Grecia y a Roma –gracias a las hazañas de sus grandes hombres– como sus principales exponentes. En cuanto a la historia antigua alemana Lindner reconoce una tendencia a monopolizar determinados aspectos o figuras históricas y a proyectar en la Antigüedad una suerte de Germanismo que concede a Alemania un importante papel en la historia mundial.

En el estudio de caso presentado en “Images of Rome: Classical Rome and the United Kingdom, 1880 to 1930”, Richard Hingley aborda la recepción del pasado imperial romano en autores de época eduardiana y victoriana, y explora su utilidad en debates atravesados por temáticas políticas, militares, de nacionalidad y de género. Principalmente, estas imágenes –versátiles, mutables y conflictivas– contribuyeron, según Hingley, a significar el presente, trazar paralelos, dividir pero también unificar a las distintas comunidades que formaban parte del imperio británico de finales del siglo XIX y principios del XX.

Por su parte, Marta García Morillo en “Antiquity and Modern Nations in the

Liebig Trading Cards” aborda la relación entre nacionalismo y Antigüedad desde la publicidad, al analizar el uso del pasado en las estrategias de marketing impulsadas por la compañía Liebig.

De acuerdo con García Morillo, al explotar elementos del pasado clásico, las *trading cards* –cada vez más impregnadas del ideario nacionalista-fascista– constituyeron verdaderas herramientas educativas, difusoras de una cultura y de un sentido de pertenencia particular.

El artículo de Clelia Martínez Maza, “La huella griega en el Senado de los EE.UU”, da comienzo a la segunda parte de la obra: *En el Nuevo Mundo*. Como observa la autora, tampoco los debates constitucionales estuvieron exentos de elementos clásicos. Muy por el contrario, la historia de Grecia se manifestó allí como la fuente por excelencia de modelos de gobierno, de lecciones y ejemplos, enarbolados en temas tan diversos como la defensa de un poder legislativo bicameral o unicameral, igualitario o proporcional.

“Cuando la Antigüedad no puede ser más que moderna. Identidades complejas en el escenario imperial español de finales del siglo XVIII” se centra en la vindicación del pasado prehispánico impulsada por las elites criollas letradas, interesadas en hacer de América una parte integrante de la nación española. José M. Portillo Valdés analiza esta operación a partir de las actitudes adoptadas ante los monumentos y ruinas prehispánicas, consideradas como verdaderos índices de civilización y de un pasado glorioso.

Ricardo del Molino García en “La Antigüedad clásica y la red protonacional neogranadina (1767-1803)” recorre las distintas etapas de la recepción clásica en los medios culturales y políticos de la Nueva Granada pre-republicana. De acuerdo con el autor, esta apropiación de la Antigüedad se afianza durante el “neoclasicismo pleno” (1789-1796) –impulsada por la prensa y el surgimiento de nuevos espacios de sociabilidad– y se desarrolla principalmente en tres campos: usos con fines particulares, y usos políticos en escritos de reforma, demanda y descontento, y en documentos al servicio del Rey.

En la última contribución del volumen, “Pasado clásico y nación moderna: los usos de la Antigüedad en la construcción de un proyecto político para la Nación Argentina (1837-1852)”, Eleonora Dell’Elicine examina los modos de recepción de la Antigüedad clásica en el escenario rioplatense posrevolucionario, más específicamente, en los intelectuales románticos o “generación del 37”. Según Dell’Elicine, estos introdujeron una nueva forma de abordar el pasado grecorromano, en la cual este, despojado ya de toda actualidad, no era utilizado para ejemplificar o modelar el presente. Confinado a las aulas y a la educación, lo clásico dejaba de cumplir ese importante papel retórico enarbolado por la generación revolucionaria anterior.

Este breve derrotero ha dejado en evidencia la diversidad de objetos de estudio,

campos de investigación, disciplinas, escenarios geográficos y formas de abordar los usos del pasado grecorromano en la construcción de discursos nacionales e identidades colectivas. La Antigüedad clásica transita el Viejo y el Nuevo Mundo: se observa en la oratoria, en los parlamentos y debates públicos, en monumentos e instituciones, en documentos escritos, en el mercado de masas a través de la publicidad y en los juegos de mesa. He aquí el aporte fundamental de este volumen: la pluralidad de objetos introduce nuevas áreas que invitan a ser exploradas –desde la arqueología a las estrategias de marketing y desde las identidades regionales hasta los dispositivos lúdicos–. El mundo antiguo subyace en la construcción identitaria aportando elementos de muy diversa naturaleza: fuente inagotable de ejemplos y contraejemplos, de autoridad y prestigio, pero también de límite y advertencia.

Se advierte, en definitiva, la imposibilidad de soslayar el sustrato clásico a la hora de explorar los usos del pasado en la construcción de las naciones modernas. ¿Cuál es el papel de la Antigüedad en la elaboración de los discursos nacionales? ¿Cómo se incorporan los componentes clásicos al ideario nacionalista? ¿Qué elementos adquieren relevancia y por qué? *Antigüedad clásica y naciones modernas en el Viejo y el Nuevo Mundo* ofrece catorce propuestas para repensar, una vez más, cómo se relacionan pasado y presente, historia y nación, antigüedad y nacionalismo.